

te, de los Ríos, de Arrieta y de Clemencin.

Cervantes, ya sesenton, seguía trabajando con todo el ahinco y el raudal de la mocedad, adelantando de pareja varias obras de mayor monta. En aquella dedicatoria tan gallarda y aseñorada que encaminaba por Octubre de 1615, con la segunda parte del *Quijote*, á su protector el conde de Lemos, le participaba el envío cercano de otra novela, su *Pérsiles y Sigismunda*. Había igualmente ofrecido en otras ocasiones la segunda parte de la *Galatea*, y otras dos obras nuevas cuyo género se ignora, el *Bernardo* y las *Semanas del Jardín*. De las tres últimas no queda el menor rastro, y en cuanto al *Pérsiles*, lo dió á luz su viuda, en 1617. ¡Estrañeza singular! En la hora y punto que Cervantes acababa de rematar á saetazos chanceros y matadores las novelas caballerescas, con la misma pluma esterminadora estaba borroneando otra novela casi tan desatinada como las trastornadoras del magín de su hidalgo. Rasgueaba al mismo tiempo censura y apología, remediando á los mismos que vituperaba, y pecando por los propios deslices. ¡Mayor estrañeza todavía! Para este aborto estaba reservando sus raptos cariñosos; al modo de los padres cuya ceguera enamorada antepone un fruto enfermizo de la ancianidad á sus primogénitos forzudos, pues hablando comedida y casi cortadamente del *Quijote*, allá estaba anunciando engreidamente al orbe el portento del *Pérsiles*. La novela de *Pérsiles*, que ni admite parangón, ni cabe en clase alguna, es una sarta de episodios zurcidos, de aventuras descabelladas, de encuentros inauditos, de monstruosidades inverosímiles, de indoles inapeables y de afectos acicalados. Cervantes, retratista puntual y atinado de la naturaleza física y moral, acertó en arrinconar el suceso allá por las regiones hiperbóreas, puesto que viene á ser aquel un mundo soñado, ageno del que estaba presenciando. Por lo demás, al tropezar con aquel desenfreno de un talento sumo, cuyo ámbito abarca dramas á docenas y cuentos á centenares, asombra mas y mas una fantasía, casi septuagenaria, tan rebosante y fecunda todavía como la del Ariosto; pasma y embarga aquella pluma, siempre airosa, elegante y arrojada, engalanando las monstruosidades del contenido con los arreos vistosos del lenguaje. Hay mas esmero y aliño en el *Pérsiles* que en el *Quijote*; pues á trechos asoma como dechado cabal de estilo, y es quizás el libro mas clásico de España. Viene á ser un alcázar de mármol y de cedro, sin arreglo, sin proporciones y sin configuración, y reduciéndose á un cúmulo de preciosidades revueltas, en vez de ofrecer un cuerpo de

arquitectura. Al presenciar el asunto del libro, el nombre del autor, la preferencia que le daba á todas sus obras, y las prendas esclarecidas que tan desatinadamente ha desperdiciado en él, hay fundamento para afirmar que el *Pérsiles* es uno de los yerros mas reparables del entendimiento humano.

No cupo á Cervantes disfrutar de la aceptación que se estaba ya prometiendo de este postrer parto de su pluma, de aquel Benjamin de los hijos de su ingenio. Siempre desdichado, tampoco le cupo el columbrar la inmensa nombradía que le estaba reservando la posteridad. Al dar á luz, á fines de 1615, la segunda parte del *Quijote*, se hallaba ya adoleciendo de la enfermedad que lo acabó luego. Con la esperanza de lograr al entrar la primavera, algun alivio con el ambiente del campo, salió el 2 de Abril inmediato para el pueblo de Esquivias, donde vivía la parentela de su muger; mas empeorándose á los pocos dias, tuvo que volverse á Madrid en compañía y al cuidado de dos amigos. Al regreso de Esquivias le sucedió una aventura, de que hizo caudal para llenar su prologo del *Pérsiles*, y por la cual nos consta la única relacion tal cual circunstanciada que tenemos de su dolencia.

“Sucedió pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linages, y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venia picando con gran priesa uno que al parecer traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales: verdad es no traía mas de dos, porque se le venia á un lado la valona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla. Llegando á nosotros dijo:—¡Vuestas mercedes van á alcanzar algun oficio ó prebenda á la corte, pues allá está su ilustrísima de Toledo y su magestad, ni mas ni menos, según la priesa con que caminan, que en verdad que á mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez? A lo que respondió uno de mis compañeros:—El rocin del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa de esto, porque es algo que pasilargo. Apenas hubo oido el estudiante el nombre de Cervantes, cuando apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cogin y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió á mí y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dijo:—Si, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, finalmente, el regocijo

de las musas. Yo, que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas, y así abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la valona, le dije:—Ese es un error donde han caido muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las demas baratijas que ha dicho vuesa merced: vuelva á cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversacion lo poco que nos falta del camino. Hizolo así el comedido estudiante, tuvimos algun tanto mas las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento diciendo:—Esta enfermedad es de hidropeya, que no la sanará toda el agua del mar Océano, que dulcemente se bebiese; vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna.—Eso me han dicho muchos, respondí yo; pero así puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido: mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este domingo, acabará yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme; pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado. En esto llegamos á la puerta de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, volvíoseme á ofrecer, picó á su burra, y dejéme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien había dado gran ocasion á mi pluma para escribir donaires; pero no son todos los tiempos unos: tiempo vendrá quizá donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y lo que sé convenia. Adios, gracias; adios, donaires; adios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.”

Este prólogo inconexo y desencajado, donde está sin embargo mostrando Cervantes la jovialidad de su ánimo en el retrato chistoso del estudiante, antes de despedirse de sus *regocijados amigos*, fué su plumada postrera y violenta. Agravóse horrorosamente su achaque, se encamó y recibió la unción el 18 de Abril. Sonaba á la sazón el regreso inmediato del conde de Lemos, que pasaba del vireinato de Nápoles á la presidencia del consejo. El último pensamiento de Cervantes fué un impulso de gratitud, un recuer-

do afectuoso de su amparador; pues al espirar dictó la carta siguiente:

“Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pié en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran Señor, esta te escribo.

“Ayer me dieron la Estrema-unción, y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los piés de V. E., que podría ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviere á dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía, me alegro de la llegada de V. E., regocijome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. etc.”

Esta carta, que, según Ríos, debieran tener siempre á la vista los grandes y los escritores, para enseñar á los unos la generosidad y á los otros el agradecimiento, está á lo menos comprobando la serenidad cabal que conservó Cervantes hasta el trance postrero. Desmayóse luego por largo rato, y espiró el sábado 23 de Abril de 1616.

Advirtió el doctor Juan Bowle agudamente que los dos ingenios mas sobresalientes de aquella temporada grandiosa, desconocidos entrambos por sus contemporáneos, y al par desagaviados por la posteridad, Miguel de Cervantes y Guillermo Shakspeare, habian fallecido cabalmente en el mismo dia, y con efecto los biógrafos de éste lo cuentan difunto el 23 de Abril de 1616. Mas hay que hacerse cargo de que no regia á la sazón el calendario gregoriano en Inglaterra, donde solo se adoptó en 1754, rezagándose á los españoles en fechas, como lo están haciendo hoy los rusos con la Europa entera; y así sobrevivió Shakspeare á Cervantes doce dias.

Dispuso Cervantes en su testamento, nombrando por albaceas á su muger Doña Catalina de Palacios Salazar, y á su vecino el licenciado Francisco Nuñez, que le enterrasen en un convento de tri-

nitarias, fundado hacia cuatro años en la calle del *Huacilladero*, donde su hija Doña Isabel Saavedra, arrojada tal vez por el desamparo de la casa paterna, acababa de profesar. Es de suponer que se cumplieron los últimos deseos de Cervantes; pero en 1633, las monjas del *Huacilladero* pasaron a otro convento nuevo de la calle de Cantaranas, y así se ignora el paradero de las cenizas de Cervantes, cuyo sitio no ha podido descubrirse por sepulcro, losa ó rótulo alguno.

Igual trascurdo descaminó los dos retratos de Jáuregui y de Pacheco, y tan solo se ha conservado una copia hasta nuestros días. Es del reinado de Felipe IV, la temporada esclarecida de la pintura española atribuyéndola unos á Alonso del Arco, otros á la escuela de Vicente Carducho, ó de Eugenio Cajés; pero sea de quien fuere, cuadra cabalmente con el retrato idéntico que rasgó Cervantes de sí mismo en el prólogo de sus *Novelas*. Supone que uno de sus amigos debía encabezar el libro con su retrato grabado, poniéndole al pié este rótulo: "Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de piés; este digo que es el rostro del autor de la *Galatea* y *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viage del Parnaso* . . . y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño; llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra." habla luego de su mano izquierda lisiada en Lepanto, y redondea así su retrato: "En fin, pues ya esta ocasión se pasó, y yo he quedado en blanco y sin figura, será forzoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo será

para decir verdades, que dichas por señas, suelen ser entendidas."

A esto se reduce cuanto se ha logrado recoger acerca de la historia de aquel varón esclarecido, uno de aquellos que compraron con las desventuras de toda la vida los obsequios tardíos de una nombradía póstuma. Nacido de familia honrada, pero menesterosa; educado al pronto decorosamente; atenido luego á la servidumbre por su desamparo; page, ayuda de cámara, despues soldado; manco por la batalla de Lepanto; descollando en la toma de Túnez; cogido por un corsario berberisco; cautivo por cinco años en los baños de Argel; rescatado por la caridad pública, tras mil conatos infructuosos de ingenio y arrojo; soldado tambien en Portugal y en las Azores; prendado de una muger hidalga y menesterosa como él; reengolfado en las letras por afición y por amores, y retraido luego por escaseces; galardonado por su número y sus servicios con una gran plaza de dependiente de provisiones; tildado de retenedor de caudales públicos; encarcelado por curiales; y descargado por su inocencia; encarcelado de nuevo por campesinos desmandados; metido á poeta y á agente de negocios, afanado tras negocios agenos y comedias para ganarse la vida; sobresaliendo á los cincuenta y mas años con su verdadero destino; sin saber á qué Meceñas acudir para dedicarle sus obras; tropezando con la tibieza de un público que se digna reir, mas no justipreciarlo ni entenderlo; con émulos que le escarnecen y lo afrentan, y con amigos zelosos que lo traicionan; acosado por la necesidad hasta su vejez; olvidado de los mas, desconocido de todos, y falleciendo por fin solo y desamparado: tal fué la vida de Miguel de Cervantes Saavedra. A los dos siglos se cae en la cuenta de ir en pos de su cuna y de su huesa, de engalanar la última casa que habitó, con un medallón de mármol, de levantarle una estatua y de borrar el nombre de otro mas oscuro y afortunado, para estampar á la esquina de una calleja de Madrid el esclarecido nombre que está llenando el universo.



DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



POR
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

